

CAYETANO LÓPEZ RODRÍGUEZ

EL CARACOL ZURDO

El caracol zurdo

Cayetano López Rodríguez

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@punterojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-17148-46-1

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2017 Cayetano López Rodríguez

© 2017 Punto Rojo Libros, de esta edición

Segunda edición: diciembre 2017

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Capítulo I. El general cartaginés	11
Capítulo II. El autobús	25
Capítulo III. Casimiro	39
Capítulo IV. La taberna.....	53
Capítulo V. Natividad	63
Capítulo VI. El virus.....	81
Capítulo VII. Las polillas.....	101
Capítulo VIII. La poesía	121
Capítulo IX. La Policía	133
Capítulo X Mauricio	143
Capítulo XI. Merino.....	157
Capítulo XII. El teniente.....	171
Capítulo XIII. El negro Akapuu	185
Capítulo XIV. Alzhéimer	201
Capítulo XV. La puta francesa	215
Capítulo XVI. Las cápsulas	229
Capítulo XVII. Brebaje.....	241
Capítulo XVIII. Carolo III Regnante	251

*Para mis hijos Cayetano, Clara y Pablo.
Para Antonia.*

*¿Me preguntas por qué compro arroz y flores? Compro
arroz para vivir y flores para tener algo por lo que vivir.
Confucio.*

I.

El general cartaginés

Un tirabuzón le enredó un sueño de media tarde y a dentelladas le comió los sesos. Se despertó creyéndose inmortal. Estiró las piernas, cerró los ojos y se sintió capaz, como un general cartaginés que acaba de derrotar a las legiones romanas, de cualquier hazaña de libro de aventuras.

Un grupo de ausencias arremolinadas, que rebotaban por los interiores vacíos de algunas ideas atrasadas, trataban de instalarse en su cabeza.

Lentamente, como se abre una caja en la que habita un misterio, miró a su alrededor y se dejó llevar por la familiaridad de todos los objetos que se almacenaban en aquella habitación; un espacio imaginado, ahora, como la superficie de una mesa de estrategias militares. Le parecía que todo estaba al alcance de su mano y que solo un reto, lanzado por cualquier provocador, lo llevaría a emprender una conquista imposible, parecida a la descripción épica de una batalla griega, que prefería antes que las romanas.

Detuvo sus ojos sobre la imagen de tres colores de un cuadro de van Gogh y vio una agitación de temblores, representada en los pechos de aquella mujer, que tiritaban en un fondo rojo carnal y exhalaban puntazos de luz que iluminaban los claroscuros de su habitación.

El cuadro estaba enmarcado entre reproducciones de pinturas de autores posimpresionistas, presas en la pared con chinchetas baratas, y soñó que los ojos que se asomaban buscaban una sonrisa en los perfiles de los labios del retrato del holandés. Vio una boca de mujer que entre temblores recobraba la vida.

Unos tonos grises, que estaban apagados, salpicaban en el fondo blanco de la pared unas manchas atenuadas y hacían más profundo el espacio que parecía huir y se iba perdiendo en la lejanía. Entonces, volvió la mirada a sus pies y creyó que comenzaba a levitar y fue, en ese momento, cuando incorporándose abrió sus brazos, como hace un sacerdote representando un instante sagrado de la liturgia, y su imaginación se lo llevó detrás de aquellos días en que permaneció lejos de sí, absorto, ante el deleite que le provocaba recordar la imagen que sostenía el recuerdo de una mujer. Un tiempo en el que ni se acordó ni sintió otra necesidad más allá del cuidado que tenía que prestar para evitar caerse y romperse de un abrazo eterno. Un abrazo caliente en el que vivían las cenizas de Clara.

Recordó cómo se le iban las manos recorriendo el territorio de la piel femenina, empeñado en identificar poro a poro la belleza escondida. Rememoró con tal intensidad aquellos días que los recuperó del pasado y comenzó a vivirlos de nuevo en los instantes del presente y se abandonó en ellos, esperando la llegada del próximo deseo. Era algo parecido, según me contó mientras batía la espuma de un café, a la explosión de consciencia que sufre un viajero cuando va marcando una ruta sobre un mapa desplegado en una taberna del sur y sabe que ha encontrado un destino.

La mañana avanzaba precisa y él estaba pendiente de una mujer ausente mientras trataba de recuperar, de algún socavón donde se contrae el pasado y se agitan los recuerdos tratando de hacerse con un sitio, los trozos sueltos de momentos vividos. Así iba situando los besos, las miradas, las confidencias y las formas en las que se representaba Clara. Recompuso sus curvas de mujer por aquí y por allá para modelar aquella figura en un rompecabezas infantil en el que siempre hay que buscar una pieza per-

dida que nunca aparece. Y así, tratando de rellenar los vacíos que deja la ausencia, me contó que reconocería, entre una multitud, sus cabellos al viento, el perfil de su figura, los trazos donde terminaban sus labios, la hinchazón de sus pechos y el dibujo final de embudo de su cintura pero que, sobre todo, se sentía capaz de redescubrir el vapor que había visto levantarse de sus sueños, los vientos que agitaba cualquiera de sus movimientos y la herencia que había dejado su mirada.

El crujido de hielo de un vidrio roto coincidió con el último sorbo de un café tan espeso como la gelatina y entonces aprovechó para hablarme de un dios opaco que cabalgaba entre errores y que, según decía, habría que ajustarle algún día las cuentas frente a un pelotón de justicieros. Lo hacía responsable de la desolación que todos andábamos pagando por su osadía. Me insistió en que ese dios, que no sabía hacer cálculos, debería haber puesto límites a las pompas jabonosas en las que se eleva la imaginación; límites tan claros y precisos como los que les dio a la naturaleza y sus demarcaciones. Líneas geográficas que separan y dividen. Finales rotundos y tajantes que nos muestran cómo acaba la tierra y comienza el mar, cómo se rompen las montañas y se abren los vacíos o cómo estallan los volcanes y se enciende la vida. No le perdonaba a ese dios no identificado su desprecio e indiferencia. Un dios, me dijo, que no calculó el poder que despliegan los deseos. Un dios que, rodeado por la liturgia de la creación, tenía que saber que su misión era tapiar el final del pensamiento para que los sentidos y la consciencia hubiesen entendido que había que darse la vuelta y manejar lo manejable, tocar lo palpable y soñar entre perfiles definidos, como se juega en un tablero de ajedrez, sobre unas casillas blancas y negras: en un espacio físico concreto. Fuera había demasiados abismos.

Yo no quería interrumpirlo. Le prestaba atención a sus palabras y sabía que aquel ser al que ahora acosaba, o quizás otro, le había abierto la puerta hacia un infinito en el que sus deseos se recreaban en la construcción constante de mundos sobre mundos; un universo en el que tenía que encontrar las respuestas adecuadas para alimentar la voracidad persistente de sus preguntas.

Me daba cuenta, y él lo sabía.

Desde la muerte de Clara había emprendido un camino, machete en mano, en el que cada paso era como una partida de caza inversa que acorrala al cazador mientras la presa encuentra el callejón de la huida. Veía cómo poco a poco parecía enloquecer detrás de la pretensión de llegar a un destino perdido en el agujero negro de una galaxia inexistente, persiguiendo la invención de las cosas. Por eso era capaz de imaginar los juegos en los que se regodea el amor, más allá de su propia expresión, y así caía en la cuenta de que sus experiencias eran invenciones necesarias; expresiones de unos poderes infinitos que en cualquier momento podrían, mediante el conjuro de un brujo loco, ponerse orgullosos delante para retarlo a apresarlos y tocarlos. Conmocionado por los vapores que desprenden los conjuros ordenaba, entonces, a sus sentimientos que comenzasen a expresarse puros.

Un sinsentido, decía, lo había arrastrado a rebelarse para rescatar la vida de Clara. Necesitaba volver a sentirla a su lado y estaba obligado a idear nuevos rumbos en los que despistar a la ausencia que traía el vacío de la soledad y, entre sueños, reconstruir una existencia mucho más allá de lo posible. Tenía que traerla a la vida. Ese era su compromiso.

Otras veces me decía que estaba obligado a inventar un lenguaje para recuperar lo perdido. Necesitaba inventar vocablos diáfanos, claros, que no necesitasen traducción y que el sentido no se perdiese cifrado en el atropello de las palabras. Se imaginaba dirigiendo a un grupo de expertos, sobre una mesa de autopsias, tratando de averiguar la grafía del nuevo abecedario en el que los adjetivos se cargaban de valores. Me insistió en que lo que realmente le interesaba era la capacidad de extraer, de la complejidad de una simple palabra, el sueño que habita en su significado. Sabía que las interpretaciones dependen del grado de agitación en el que se descubre a la consciencia y por eso trataba de apresar el contenido íntimo de una expresión, para descubrir la ensoñación y traer de vuelta a Clara.

Buscaba cosas raras. Cosas que por lo general pasaban inadvertidas. Cosas profundas como la humedad de los besos, la entrega de una mirada, los calores del tacto, los vapores de una lágrima o la búsqueda de la densidad en la admiración. Se buscaba a sí mismo para encontrar a Clara y en ella hallaba la explicación del mundo.

A menudo se entristecía cuando se escapaban los contenidos y se quedaba flotando lo mundano sin descubrir la trascendencia. Había que encontrar, me dijo, un nuevo dios que facilitase la herramienta capaz de romper el tiempo y desde la atalaya de la contemplación se pudiese agarrar al silencio. Y volvía a culpar a ese dios absurdo que lo había llevado a una fragua donde martilleaba la locura, para deslumbrarlo frente a la visión infinita que procura la locura, entre estallidos de chispas luminosas, del don de la creación de todos mundos.

El suyo era un dios empeñado en engañar a los hombres. Un dios que obligaba a tejer y destejer, a crear y destruir, a callarse

frente al silencio. Un dios dedicado a inventar espejismos para reírse a mandíbula batiente de los desdichados. Un jodido dios, repetía, mientras me aseguraba que necesitábamos un sustituto que se perdiera humano entre los hombres.

—*Un dios que no existe y que te confunde con su vacío* —decía.

Lo pensé muchas veces y creo que trataba de hacerme entender la incapacidad que tenemos para alcanzar la eternidad y me devolvía, como hace un espejo, el reflejo de la desesperación de la que estaba hecha la vida. Por eso, maldecía al viejo y eterno dios que le había acompañado por sendas perdidas con la intención de distraerlo, para llevarlo después al rincón en el que mueren las ilusiones. Un dios lejano, impasible, al que no le llegaba el recogimiento de las oraciones. Un jodido dios que arrasaba su obra con el viento de sus silencios.

—*Imagina* —me dijo—, *un director de orquesta loco que confunde, en el brío de su batuta, las notas musicales. Imagina a los músicos componiendo desde el pentagrama del desorden* —recalcó.

Quizás por todo esto, andaba en aquel momento de su vida a lomos de una pesadilla desbocada que lo arrastraba por un desierto para perderse en tanta uniformidad de arena y sin testigos.

De pronto, tan rápido como salta el resorte camuflado de una trampa, apretó sus brazos, cerró sus ojos y sujetándose la cabeza con las manos, reteniendo un borbotón de palabras, me contó que había vivido un tiempo de fragilidad y escozor; algo parecido, me dijo, al hervor que provoca el alcohol sobre las heridas abiertas en la piel o la confusión que habita en la lectura de los papeles desordenados de un loco enamorado.

Durante un tiempo se sintió su propio carcelero, castigándose en horas punta entre lamentos y como un verdugo que sodomiza a su víctima se arrastraba a oscuras por los sótanos interiores de la tortura.

Ante el derribo de las ilusiones, necesitaba sentirse y ver de reojo una salida para reemprender la vida.

La muerte lo transformó. Notó que se perdían en su interior los ecos de todos los latidos de los corazones y cómo los males del mundo retumbaban en las horas de vigilia, multiplicando recuerdos diluidos en imágenes que ardían abrasadas en los tiempos muertos, entre intermedios de lágrimas desoladas. La muerte le dolió tanto que tenía que acurrucarse para evitar el asalto de un pelotón de pesadillas locas y defender, puñal en alto, el recuerdo de aquella mujer convertida en un sueño roto.

No se volvió loco de milagro. En algún momento, me dijo que imaginaba cómo una manada de hienas insaciables, devoraban una y otra vez los restos sagrados de sus juegos infantiles y que riéndose se comían, en un festín caníbal, la luz del amor que todavía avivaba Clara en su recuerdo. Eran días de tormento, como si se hubiese criado en un desolladero.

Corría el mes de abril y recordó en voz alta cómo Clara se identificaba, en primavera, con el polen de las flores y cómo con su dedo índice le indicaba el recorrido de una abeja dibujando garabatos mientras él la perseguía, oscilando entre su sonrisa, para llegar a sus labios y humedecerlos. Recordó que había visto a unos duendecillos tejer un corro del que brotaban burbujas repletas de un aire de risas, que estallaban dejando caer volutas de vapor que ella recogía entre sus manos y que, luego, le regalaba el frescor del hielo derretido. Era como asomarse a los vientos

para verlos cabalgar libres, igual que se dejaban arrastrar sus cabellos.

De pronto, me olvidó.

Lo vi levantar la vista empujando sus párpados y se topó con los pezones trémulos de aquel cuadro que su abuelo le había robado a una prostituta, a la que nunca le pagó por sus servicios. Era un van Gogh desconocido del que nadie tenía constancia de su existencia y que el viejo que le descubrió los juegos de la infancia le regalaría cuando decidió desaparecer para siempre. Aquella imagen que nacía entre resplandores, empujada por soplos de colores, lo llevó una vez más a pronunciar su nombre. Un nombre mil veces dicho en la penumbra de sus sueños y mil veces escrito en las esquinas de mil papeles garabateados en sus mil intentos diarios por apresar un tiempo del pasado que debía diseñar el futuro.

Sabía que había dos mujeres en una. La del pintor loco que a veces se bajaba del cuadro y a pinceladas ondulantes, amarillas, rojas suaves, verdes o azules de mar, le calmaba el hervidero de angustia en el que bailaban las cenizas de un sueño abrasado y aquella otra mujer que él atizaba como un fuego para apresar el calor y sentirse vivo. Eran los juegos de unas vidas despojadas que buscan su sentido.

Una imagen descolgada, danzarina, que labraba estelas de espuma y aquella otra que dibujaba siluetas de momentos vivos.

Era abril y como se pierde el agua por la espiral de una caracola, se veía recogiendo la sal abandonada en el baño de nácar de una concha marina. Esa era más o menos la imagen que una y otra vez se le venía encima, aplastándolo, como una sorpresa, cuando me hablaba de Clara, a la que buscaba para reproducirla y

traerla de nuevo a la vida en un intento de recomponerse en su figura.

Era abril, cuando las flores se abren y exhalan esencias. Era abril, cuando las raíces se aprietan en la tierra para alimentar los tallos que sostienen las formas de las que nacen los aromas. Así quería recuperar para la vida a Clara, con la ayuda de aquella mujer de un cuadro inconcluso que lo animaba, como lo hace un aplauso, a cavar tierra adentro para encontrarla o, quizás, cielo arriba para soñarla.

Era abril y, sin embargo, le parecía verse resistiendo frente a un invierno nevado. Su imaginación reproducía árboles despojados de su plumaje y vientos chillones, de toques metálicos, que se colaban entre las ramas esqueléticas, anunciando una ventisca empeñada en arrasar los recuerdos antes de que pudiera tallarlos con el cincel de las formas. Y así, desnudo entre la nieve que arrastraba una tormenta, hacía frente a las inclemencias que se desataban en su cabeza para no perder las sombras que arrastraba la silueta del recuerdo de Clara, que se iba dibujando en sus adentros. Y entonces se sentía abrasado por un susurro que lo rodeaba y volvía a aquellos instantes de entrega, dejándose llevar al encuentro de la mirada de Clara en busca del calor de su sexo.

Me contó que estaba varado, apresado, como un ancla hundida sujeta un barco mientras el mar trata de mecerlo, intentando recuperar el tiempo que va de un segundo a otro para rescatar la vida que se le iba perdiendo entre amaneceres repetidos. Y volvía a pronunciar su nombre esperando verla volverse entre pestaños cómplices. Y ese era, decía, el instante en el que se sellaba el encuentro en el que ambas mujeres se fundían en una.

Él escarbaba entre huecos para recogerse y sentir caricias de algodón. Una mujer, recuperada de la muerte, sonreía, y la otra, rescatada por un pincel, volvía a posar entre aleteos en aquel cuadro a la espera de un cruce de miradas. Entonces dejaba pasar el tiempo y regresaba al sur de aquel mapa desplegado y creía verse atravesando puentes colgantes sobre ríos sucios y oscuros de cualquier selva escondida, cargado con todos sus asuntos, y paso a paso adelantaba para llegar a la otra orilla donde veía fieras que esperaban engordar en ese encuentro.

Era, decía, como el interior de un susto. Era verse amenazado por un terror que te descarna mientras chispean las garras de una fiera loca, escondida en la esquina de la traición, a la espera de un festejo de drogas para agitarse a dentelladas.

Así se sentía cuando sus sueños estallaban y se desperdigaban a trozos como un rompecabezas descompuesto en el que las piezas se ocultaban, amontonadas en el desorden. Y así hacía el tránsito coloreado de la esperanza inventada a la oscuridad en la que habitan, a la espera, los demonios de la desesperación que asediaban su vida. Cada día viajaba a mundos opuestos y abría el itinerario hacia una estrella a años luz para tropezar después con lo cotidiano. Y allí la veía, meciéndose en un columpio empujado por los impulsos de su búsqueda. En cada vaivén la traía a la vida pero en el retroceso se le escapaba, como una lágrima de despedida.

A Clara le robaron el devenir de su tiempo. La muerte, en su propia negación, la sorprendió arrastrándola bajo las aguas de una playa que ocultaba la fuerza de las corrientes, que batían furiosas los restos de una flota hundida en Trafalgar. La frialdad del agua la llevó mar adentro, desnuda, como siempre se bañaba, enterrando su cuerpo en el lecho marino de los despojos

para ocultarla profunda y sin retorno. La imaginó dejándose llevar libre, como un niño confía en la mano adulta que lo acompaña, sin revelarse y custodiada por delfines.

Un cáncer detectado meses antes había desatado su hambre insaciable, que la devoraba en una comilona de carroñeros. La enfermedad recorrió ligera su corrupción saltando de un órgano a otro, salpicando sus entrañas y abriendo huecos por los que se fue perdiendo su vida.

Ahora, un año después, sacó de su memoria aquella semana en la que permaneció frente al mar, buscándola en las burbujas que subían desde el fondo cargadas con los días que Clara no había podido vivir y que se amansaban formando una línea de espuma que se acercaba a la playa para volver, con la retirada de la resaca, por los interiores de un torbellino mar adentro. Y entonces trataba de amontonar el aire de la espuma retrasada y, como un alfarero, levantaba su imagen.

Allí, una noche en la que los juegos de luz, de una aurora boreal extraviada, se levantaban del mar, allí le prometió rescatarla para seguir viviendo juntos.

Durante esos días, desnudo también, deambuló descalzo por la orilla. Cuando salía la luna, recogiendo conchas marinas que se llevaba a los oídos, trataba de detectar algún susurro de Clara. A veces, encontraba el eco de su voz y pasaba la noche trazando esquemas para diseñar los días futuros. Los dos juntos.

Las horas de la semana se devoraron en su avance y la última noche vio una sombra cercana que adelantaba sus pasos aproximándose al toldillo que le servía de cobijo. Eran cuatro palos y una vieja lona de un toldo roto. Estaba buscando un sitio en su mochila para guardar un par de pantalones y unas camisetas. A unos pasos, reconoció al teniente de la Guardia Civil que había

dirigido las tareas de búsqueda de Clara. Pedro de la Torre lucía, sobre la línea recta de sus hombros, las estrellas de su empleo y una media sonrisa en su rostro que le apretaba las patas de gallo acercando las cejas a sus párpados. Le tendió la mano y el teniente se la cogió con las suyas, asintiendo con la afirmación que expresaba en el vaivén de su cabeza.

—Sé que vuelves a Sevilla y quería despedirte. También quiero reconocer tu certeza, tu seguridad, cuando me dijiste que nunca encontraríamos a Clara —le dijo.

Las miradas se sostuvieron cómplices. El teniente fue a buscar, una vez más, la única razón por la que fue imposible encontrarla. Desde que la escuchó por primera vez, cuando lo conoció, no podía evitar el deseo irrefrenable de oírla una y mil veces porque dentro de esas palabras estaba la explicación de aquella ausencia.

—Te dije que buscabais un cadáver, un cuerpo más engullido por estas frías aguas del Atlántico —le dijo, señalándole mar adentro—. Un cuerpo con la sangre helada, inerte. Buscabais un cuerpo y había que buscar un alma.

Luego prolongó una pausa para ofrecerle un cigarrillo y coincidiendo con el chasquido del mechero pudieron oír cómo rompían suaves las olas, arrastrándose por la arena y barnizándola.

Lo miró recorriendo su estatura y mientras apretaba las correas de su mochila volvió a decirle que solo él podría encontrarla porque él buscaba una vida, la vida de Clara, y no los restos de un cuerpo.

El teniente lo entendía. Como lo entendió aquel día cuando sobre la playa se desplegaron los equipos de rescate y, después de

conocerlo, supo que tenía razón. Una razón que, en silencio, llevaba tiempo compartiendo.

El autobús hacia Sevilla partía en menos de una hora y aquel hombre que aspiraba a retirarse en breve, con el grado de capitán, se ofreció para llevarlo a la estación de autobuses. A bordo de un antiguo modelo de Land Rover, que parecía bizco por el cruce del haz de luz de sus faros delanteros, les faltó tiempo para zanjar una conversación que saltaba de lo mundano al recogimiento que provoca lo espiritual. Las palabras siempre terminaban en Clara, a la que ambos seguían buscando, aunque el teniente, pese a su experiencia, hacía tiempo que había comprendido que jamás resolvería el caso.

De la Torre se arrepintió de no haberse quedado con alguna de las fotografías que incluía el expediente policial de su desaparición, pero le quitó importancia, porque el rostro de Clara se le representaba puntualmente en los momentos de recogimiento. Y ahora, cuando agitaba su mano deseándole buen viaje, era uno de ellos.

La vio con su diamante adornándole el pecho en un asiento contiguo del que ocupaba aquel buscador de almas. Se regalaron una última mirada y lo vio acomodarse tras la ventana de socorro del autobús, al tiempo que el conductor emprendía la marcha. El teniente, sin prisas, consiguió arrancar al tercer intento el viejo motor diésel y volvió a la playa.

La luna devolvía su luz robada y el cerco del fogonazo de una linterna iluminaba un perímetro acotado de mar donde vio cómo brotaban, hirviendo, burbujas que reventaban al asomarse a la superficie. Pedro de la Torre se dio cuenta de que estaba más cerca el momento en el que Clara se dejaría encontrar. Y la vio

rescatada por aquel viajero que estaba a punto de dormirse para soñar con ella, camino de Sevilla.

II.

El autobús

En el autobús, entre sueños, tuvo tiempo para recordar cómo su abuelo solía recogerlo en su regazo y acunarlo con historias que nunca terminaba. Con sus palabras, llevaba sus cuentos a un punto donde, escondida, esperaba la expectación y de pronto, cortando su narración, se paraba en seco, dejando un intervalo infinito y entonces encendía un cigarrillo de tabaco rubio americano, al que le arrancaba la boquilla y, a menudo, escupía hebras retorcidas de tabaco, marcadas con la huella de un bocado. El abuelo expulsaba el humo sacando el labio inferior y lo perseguía hasta que sus hilillos blancos, cabalgando, se difuminaban. Mirando el último rastro de la nube de humo se echaba para atrás, aplastando su espalda contra el respaldo de la silla, al compás de unas palabras que no pronunciaba. Una vez más le contaba una y otra historia sin desvelar jamás cómo terminaban. Acompañando a sus silencios, su mano derecha le organizaba el cabello en dos mitades asimétricas, separadas por una raya perfecta, desde la pendiente de la frente hasta la coronilla donde se retuerce el remolino. El abuelo le recordaba los nombres de gente desaparecida y resaltaba, rascándose la espalda, los vicios y algunas virtudes de aquellos seres perdidos. A sus cuentos siempre se le perdían las palabras del capítulo final y el frenazo de su discurso chirriaba como la bisagra oxidada de una puerta vieja y en desuso. Pronunciaba un nombre y esperaba a que desde su regazo subiera una palabra, a ser posible malsonante o maldita, que definiera al personaje de turno. Si le convenía una definición precisa, soltaba una carcajada, se quitaba su gorrilla, y lo zarandeaba con fuerza.

—*Eso es, eso es* —decía.

Su abuelo, de barba canosa y un extraño remolino en la ceja izquierda, se había escapado muchas veces de sí mismo, huyendo de la vulgaridad, en un intento repetido de encontrarse, pero siempre, al cabo de los días, hacia el viaje de vuelta, como es el regreso apresurado de alguien que ha olvidado lo imprescindible. Y, entonces, lo buscaba para contarle los principios de mil historias nunca acabadas. A veces le parecía que aquel viejo amable no huía, sino que salía a rescatar personajes perdidos que vagaban desorientados. Quería incorporarlos a sus narraciones interrumpidas. Era un rescate en toda regla y los personajes al verlo lo abrazaban y lo sacaban a bailar en la danza de las gracias.

—*Niño, un poeta dijo una vez que lo importante era el camino* —soltaba tajante.

Decidido y tan gráfico como un maestro le hace ver a su alumno el resultado indiscutible de una suma. Así era el abuelo.

Cuando creía que su vuelta apresurada levantaba sorpresa por lo inesperado de su llegada, aunque siempre las mujeres de la casa le dejaban el plato de comida preparado, volvía a decirle lo mismo, aunque con variantes en el estilo.

Era verdad, en cada fuga encontraba a un nuevo ser deambulando por escenarios extraños, irreconocibles, ignotos; en los que no se sabía si iban o volvían de un sitio que no existía. Los personajes al verlo encendían fogatas y avivaban el fuego, como hacen los náufragos al ver cómo la esperanza puesta en el rescate pasa de largo. Los personajes le llamaban la atención y le tendían sus manos. Él se acercaba y los escuchaba.